

Jueves - 11 de Septiembre 78

¿Peligro en Escuelas Militares? La Opinión de Don Marcelino Papel del Ejército en México

Por MIGUEL ANGEL
GRANADOS CHAPA

Hace cinco años, a estas horas, estaba ocurriendo el golpe militar que suprimió la democracia en Chile y produjo el asesinato del Presidente Allende. El singular régimen

SIGUE EN LA PAGINA CINCO
político de esa nación austral, y la figura de su mandatario, elegido conforme a las estipulaciones legales, fueron ultimados por un Ejército que, al contrario de las fuerzas armadas de los países vecinos, tenía fama de abstención en materia política, y desde hacía varios lustros no había tomado el poder.

En Chile, con motivo del ascenso del gobierno de la Unidad Popular, en septiembre de 1970, se especulaba sobre el grado en que el Ejército, la Aviación y la Marina serían capaces de respetar las determinaciones de una administración que se proponía preparar el advenimiento del socialismo. Siempre se dijo que las fuerzas armadas respetarían las decisiones del gobierno. Inclusive lo dijo el propio general Augusto Pinochet, en más de una oportunidad, no sólo dentro de su propia nación sino inclusive en México donde estuvo como representante del Ejército chileno a las fiestas patrias de 1973.

Hemos recordado todo esto a propósito de las declaraciones del general Marcelino García Barragán, ex secretario de la Defensa Nacional, a las cuales acaba de referirse el senador y también general Mario Carballo Pazos, que fue director de la Escuela Superior de Guerra. Salido fugazmente de su retiro jalisciense para asistir al desayuno que los militares ofrecieron, como todos los años, al Presidente de la República, don Marcelino hizo declaraciones que llaman la atención, aun si le hubieran sido arrancadas como respuesta a una interrogante que llevara en sí misma su propia contestación, pues tal suele ser una de las formas de proceder de algunos reporteros que desean conseguir declaraciones interesantes de personajes que también lo son.

Como quira que sea, el general García Barragán advirtió contra el riesgo de que en las nuevas escuelas militares se esté formando una casta que eventualmente pusiera al país en peligro de una dictadura militar. El viernes pasado, por su parte, el general Carballo Pazos desestimó el peligro anotado por el ex titular de la Defensa Nacional, diciendo que el sistema de enseñanza establecido en los institutos educativos militares está diseñado para que sus egresados apuren las esencias de la Revolución Mexicana, lo que aleja el riesgo de que abriguen aspiraciones políticas.

Lo dicho por ambos generales plantea el problema del papel político del Ejército en México, que es un tema al que no se suele hablar en público. Cuando se aborda la cuestión es para practicar exorcismos, que consisten en ratificar una vieja fe republicana según la cual los militares están curados de la fiebre de poder y que por lo tanto nuestro sistema es inmune a aspiraciones legítimas. El propio Presidente de la República suele rendir este género de homenajes que se antojan precautorios a los miembros de las fuerzas armadas y los líderes de éstas hacen lo propio, como correspondió hacerlo al general Félix Galván López la semana pasada también, cuando ofreció a López Portillo, junto con un desayuno, al reiterado apoyo de los grupos castrenses al gobierno civil.

Pero el exorcismo no debe alejarnos de la posibilidad de examinar la realidad de las cosas. Es preciso, para hacerlo, tener en cuenta lo dicho por García Barragán, por el propio contenido de las declaraciones y por la personalidad de quien las formuló. (Ocurre, por lo demás, que aún si estas observaciones del general no hubieran sido expresadas, o no hubieran sido recogidas con fidelidad por los diarios, lo cierto es que de todas maneras el tema amerita la reflexión).

García Barragán forma parte de una generación de militares sui generis, pues si bien su primera vinculación con el Ejército se hizo en el campo mismo de las armas, eligieron una formación sistemática y especializada por lo cual renunciaron al rango que ya habían alcanzado, para entrar en escuelas militares. Esa posición les ha permitido entender bien las aspiraciones y el comportamiento de las dos ramas que hasta ahora constituían el grueso de la plana mayor del Ejército, una formada por militares hechos en las batallas y otra compuesta por quienes iniciaron su carrera en los establecimientos de educación militar.

Como "cuartelero", García Barragán está acostumbrado a la dureza de la vida militar, y a la vista de construcciones faraónicas como el nuevo Colegio Militar, en San Pedro Mártir, Tlalpan, D. F., es natural que piense que el nuevo género de vida a que se introduce a los cadetes les puede provocar tentaciones, a las que el propio García Barragán no cedió, como es fama que pudo haberlo hecho, en 1952 cuando su candidato a la Presidencia de la República, el general Miguel Henríquez Guzmán, fue derrotado por el PRI, y cuando en 1968, entre la incapacidad de dar soluciones políticas a problemas políticos se recurrió al uso de las armas, confiadas al propio García Barragán.

La advertencia, pues, nace del seno mismo del Ejército. Tiene lógica, además, y encuentra refuerzos en una gran cantidad de evidencias, como el interés creciente que muestran los alumnos de la Escuela Superior de Guerra por la forma en que está organizada y funcionando la administración pública federal. Es cierto que si se comparan nuestras instituciones militares, y su integración social, con la de los países sudamericanos, no tenemos nada que prever. Pero más vale que tengamos presente el riesgo y no provoquemos que se concrete. ¿no cree usted?